

ELISA HOVEN

MOMENTOS OSCUROS

Traducción de:
LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA | NOIR

Prólogo

LA CARTA PESABA apenas unos gramos, pero me costaba sostenerla en la mano. Por fuera, no se diferenciaba en nada de todas las facturas, solicitudes y tarjetas de felicitación que había enviado a lo largo de los años. Sin embargo, esa carta era distinta. Esa carta pondría fin a uno de los capítulos más importantes de mi vida.

El mes de septiembre estaba siendo más cálido de lo normal. Me encontraba en mi despacho, desde donde podía ver el jardín por la ventana. Los girasoles que había plantado en primavera estaban en flor y ya tenían las cabezas vueltas hacia el suelo por el peso; los pétalos habían perdido color y eran de un amarillo pálido. Me dije que al día siguiente arrancaría esas plantas viejas y las echaría al compost.

Vi a Peter sentado en la sombra del magnolio, leyendo un libro. Apoyé las yemas de los dedos en el cristal. Si se volvía hacia mí en el minuto siguiente, rompería la carta; si no, me pondría en marcha. No me miró. Esperé un minuto más y di media vuelta.

El sol de tarde que entraba por la ventana iluminaba el escritorio y el sobre blanco. Examiné la carta una vez más: estaba bien franqueada, la dirección del Colegio de Abogados se leía perfectamente. Dentro de unos días, un empleado la abriría y leería que Eva Herbergen, abogada defensora, renunciaba a su habilitación tras más de treinta años en ejercicio. Quizá arrugaría la frente, archivaría la comunicación y cerraría mi hoja de servicios.

Paseé la mirada por el despacho. Estanterías llenas de archivadores apilados. Lo que parecía casual seguía un orden riguroso; habría podido sacar de su archivador con los ojos cerrados cualquier expediente que buscarse. Uno se había caído al suelo y volví a colocarlo en su lugar. Deslicé los dedos por la encuadernación. Esas dos finas tapas contenían historias de personas reales, sus horas más oscuras. Algunas eran culpables; otras, inocentes. La mayoría, ambas cosas.

Me senté al escritorio y apagué el ordenador. Ese sábado de septiembre, por la mañana, había subsanado algo. Había corregido un grave error. Ya iba siendo hora de dejar atrás el infierno de momentos oscuros de los últimos años. Una hora después, el cartero pasaría a vaciar el buzón. El sol se escondió tras las nubes y dejó el estudio medio en penumbra.

Primer caso: Legítima defensa

Octubre de 2021

ADRIAN SUDA. Se frota las manos húmedas contra los vaqueros e intenta controlar la respiración. Inhalar cuatro segundos, retenir el aire otros siete y exhalar ocho, así se lo explicó Bogdan. Su hermano tiene cinco años más que él. Sacó a Adrian de Rumanía, se lo llevó a Alemania y le enseñó todo lo que hay que saber. En Videle, donde viven sus padres, no hay trabajo ni futuro para ellos. Aquí está mejor, aunque tenga que compartir habitación con Bogdan en un piso de vivienda social. Durante el verano lo contratan en el campo, pero la cosecha ya ha acabado al llegar la siguiente estación.

Adrian espera en su escondite desde hace más de una hora. Fuera ya es casi de noche. La villa es enorme, tiene columnas en la entrada y una piscina en el jardín. Y eso que en Alemania el clima es horrible. Adrian menea la cabeza. Si él tuviera tanto dinero, lo invertiría en coches, cuatro por lo menos, y fijo que uno sería un Lamborghini. Mira el reloj; el viejo debería haber llegado hace rato. No es la primera vez que Adrian hace esto y, aun así, no deja de sudar. En una ocasión lo pillaron. La policía le tomó los datos y luego lo dejó marchar. Tiene que pararse a contar: de eso hace ya casi medio año y todavía no le ha llegado nada del juzgado.

De pronto oye algo. El sonido de unos neumáticos sobre la gravilla, un coche que sube por el camino de entrada. Se lleva la mano al bolsillo de la cazadora una última vez para asegurarse: el cuchillo sigue donde debe estar. Un señor mayor se apea del vehículo con dificultad, saca un bastón y un maletín del asiento trasero. Bogdan no le dijo que el hombre estaba tan decrípito. Podría haberse ahorrado el cuchillo. El viejo cierra la puerta del coche y se coloca el maletín bajo el brazo. Adrian observa todos sus movimientos y se pone el pasamontañas. El hombre ha llegado a la puerta de la casa y mete la llave en la cerradura. Todavía no, debe tener paciencia. La puerta se abre, el viejo da un paso en el vestíbulo. Es el momento: Adrian sale de los setos y en cuestión de segundos se planta junto al hombre, lo empuja hacia el interior de la casa y cierra la puerta.

El viejo está en el suelo. Sostiene el maletín ante el cuerpo como para protegerse, el móvil se le ha caído del bolsillo y con una patada Adrian lo manda debajo de una estantería. Reconoce el miedo en la mirada de las personas a las que asalta. Se ha acostumbrado a ello, forma parte del robo, y la cosa es rápida, él siempre se da prisa. Pero en la mirada de ese hombre hay algo más, algo que no le gusta. Desprecio.

Se saca el cuchillo de la cazadora y se lo planta delante de la cara. Ahora ya solo ve miedo. Cómo se atreve ese viejo a juzgarlo si no sabe nada de él; de su vida en Videle, donde la gente no tiene villas con piscina. Quién tiene la villa y quién el cuchillo es algo que ha decidido la casualidad, o el destino, si se quiere, pero no Adrian.

—Dame la llave de la caja fuerte. ¡Venga!

Pronuncia las frases ensayadas en alemán sin ningún error. No puede ocultar su acento, pero no le importa. En Alemania nadie logra identificarlo, muy pocos saben que el rumano suena como el italiano.

El cuchillo no ha perdido su eficacia. El hombre asiente y dice algo que Adrian no entiende.

—¡Venga, vamos! —insiste.

Ayuda al viejo a ponerse de pie, que entonces señala una caja para llaves que hay colgada en la entrada. Adrian tira de él hacia allí. Es lento, tiene que agarrarlo del brazo con fuerza para conseguir que se mueva. Al hombre le tiemblan las manos al apuntar hacia una llavecita que hay justo en una esquina de la caja. Adrian le da un puñetazo en el estómago, el viejo cae al suelo y no se mueve. Se quedará ahí hasta que termine.

—Como digas una palabra, te mato.

Y le tira el bastón por la escalera del sótano.

Se supone que la caja fuerte está arriba, en el dormitorio. Mirela se lo ha explicado todo con detalle. Es la novia de Bogdan y limpia en la casa del viejo. En negro, claro, y ni siquiera por el salario mínimo. Mirela echó un vistazo y vio muchas antigüallas, jarrones, cuadros; pero luego encontró la caja fuerte dentro de un armario. Si el golpe sale bien, se llevará un veinte por ciento. Es lo justo, porque, al fin y al cabo, es Adrian quien hace todo el trabajo. Sube la escalera hasta la primera planta. El dormitorio tiene moqueta roja y un espejo encima de la cama. Cuesta imaginar que en ese colchón siga pasando nada, pero el dinero lo compra todo. Abre el armario y aparta los trajes a un lado; todo está tal como dijo Mirela. ¿Eso ha sido un ruido? Se detiene un momento a escuchar. Debe de haberse confundido, no se oye nada. Mete la llave en la cerradura de la caja e intenta girarla. No abre. El viejo lo ha engañado. Adrian baja la escalera a paso rápido; la siguiente llave será la correcta, ya se encargará él de eso... Pero en el vestíbulo no hay nadie. Mira alrededor, el lisiado no puede haberse ido muy lejos. El hombre sale entonces del salón. Se tambalea un poco, pero Adrian enseguida ve lo que tiene en las manos. Es un arma alargada, una de esas escopetas que se usan para cazar, y lo apunta con ella sin vacilar.

Adrian levanta las manos y retrocede despacio en dirección a la entrada.

—¡Quieto ahí! —exclama el hombre con una voz tan cargada de ira que hasta le tiembla.

Adrian nota el pomo de la puerta contra la espalda.

—Ya me voy.

Tiene que impedir que al viejo se le vaya la pinza. Baja una mano con cuidado y agarra el pomo. No le quita el ojo de encima, tiene al hombre delante con la escopeta en posición de tiro. Abre la puerta despacio y empieza a salir paso a paso. Por fin da media vuelta y quiere echar a correr, pero entonces oye un chasquido y nota un dolor penetrante en la espalda. Nada más. Intenta caminar, pero las piernas ya no le obedecen y se desploma en la gravilla. El cuchillo se le cae de la cazadora, no logra alcanzarlo.

El viejo le ha disparado. Entonces experimenta una sensación nueva: en su cuerpo se abre un agujero negro. De pronto, Adrian comprende lo que ocurre. Va a morir. Solo, en el jardín delantero de un desconocido. Piensa en su madre, que ha estado presente en todos los momentos importantes de su vida: el primer día de colegio, los partidos de fútbol, esa operación dental que le daba tanto miedo. ¿Cómo puede no estar con él ahora? Le cuesta mucho mantener los ojos abiertos, pero ve que el viejo se acerca. Tal vez no sea demasiado tarde, tal vez el hombre sea médico y pueda salvarlo. Lo último que nota es una patada en el estómago. No muy fuerte, pero sí lo suficiente para hacerle perder el conocimiento.

PERIÓDICOS

Febrero de 2022

EL HOTEL ERA una pesadilla. Me había sentado en una silla de plástico junto a la piscina porque todas las tumbonas estaban

ocupadas, la mitad por personas y el resto por toallas descoloridas a fuerza de lavados y horas al sol. El bufé del desayuno no había cerrado todavía y el personal ya estaba preparando la comida. Después sacarían café y pasteles, luego el bufé de la cena y por último un picoteo de medianoche. En el Maspalomas Royal se podía comer las veinticuatro horas si se quería. Y beber. La noche anterior había intentado conseguir un Martini, pero no lo logré. En lugar de eso, me enviaron a una máquina en la que ya se había formado cola. Apretabas un botón y salía piña colada, *sex on the beach* o caipiriña. Aquella mañana también había clientes poniendo vasos de plástico transparente bajo el surtidor desde primera hora. Para mí, todo aquello era demasiado: demasiado alcohol, demasiada comida, demasiadas personas.

Peter estaba sentado a mi lado y hojeaba el programa de actividades del hotel. Baile en grupo por las mañanas, vóleibol o bingo por las tardes. Por las noches, discoteca juvenil y un espectáculo de danza. Pero no podíamos quejarnos. Cuando Sigrid y Gerd Schöller, antiguos amigos nuestros de la universidad, nos propusieron ir juntos de vacaciones a Gran Canaria, les dejamos a ellos toda la planificación. Peter estaba en plenos exámenes de la facultad y yo tenía que ocuparme de un caso importantísimo en el bufete. Había sido un alivio que los Schöller se encargaran de hacer las reservas. Era la tercera vez que iban a ese resort: un clima fantástico, servicio las veinticuatro horas... Qué más se podía pedir.

La música, acelerada y a todo volumen, resultaba cada vez más desquiciante. Siete días y seis horas más allí hasta el vuelo de vuelta. Peter adivinó lo que estaba pensando y me apretó la mano.

—He traído algo para consolarte. —Rebuscó en la bolsa de playa y sacó dos periódicos alemanes.

Eran del día anterior, pero me puse contenta.

Habría podido leer las ediciones digitales en el móvil, pero le había prometido a mi marido dejarlo en la caja fuerte y sacarlo

solo en caso de necesidad. Al cumplir los sesenta, el octubre de dos años antes, me había propuesto pasar menos horas en el bufete y cederles más responsabilidad a los compañeros más jóvenes. Aun así, seguía costándome delegar. No era capaz de enviar ningún documento sin haberlo repasado antes, y todavía anotaba todos los plazos en mi calendario personal.

—Ahora el bufete se llama Herbergen y Asociados, así que actúa en consecuencia —me recordó Peter cuando, durante la cena, le comenté el alegato de un colega.

Me había pasado las últimas semanas pegada al teléfono. El bufete iba bien y siempre había mucho que hacer. Necesitábamos un descanso, así que había dado mi brazo a torcer y el móvil estaba en la caja fuerte.

Mientras hojeaba el periódico, me pregunté hasta cuándo seguiría existiendo la prensa en papel. Seguro que pronto dejaría de ser rentable; la mayoría prefiere leer las noticias en el móvil, así que solo es cuestión de tiempo que dejen de imprimirse periódicos. También por motivos medioambientales. Perderemos mucho, estoy convencida de ello. Aunque quizá también lo diga porque me hago mayor y añoro las cosas de antes. Sin embargo, cuando desaparezca la prensa impresa, ya solo leeremos aquello que busquemos. No podremos pasar páginas y encontrar por casualidad una reseña que nos haga comprar un libro que se convertirá en favorito, o un artículo sobre política que nos muestre un punto de vista completamente nuevo.

La pieza que estaba leyendo junto a la piscina del Maspalomas Royal también me habría pasado inadvertida. Fue pura casualidad que Peter me entregara ese periódico en un hotel de las islas Canarias, y que yo, en la monotonía de las vacaciones, encontrase la tranquilidad necesaria para hojearlo de principio a fin. Si no, nada de lo que sucedió en las semanas siguientes habría ocurrido.

LEGÍTIMA DEFENSA

«MILLONARIO PUESTO EN libertad. Fue legítima defensa».

Un pequeño texto de la sección de «Varios», en la última página del periódico:

El jubilado de Hundsmühlen que fue juzgado por el tribunal regional de Oldemburgo no tendrá que ir a prisión por haber matado a tiros a un ladrón que se daba a la fuga. El hombre actuó en legítima defensa, según ha declarado el portavoz del tribunal.

El pasado mes de octubre, Adrian S. irrumpió en la casa de Hans K., donde amenazó con un cuchillo y agredió al jubilado. El asaltante, un rumano conocido por robos anteriores, registró la vivienda en busca de objetos de valor. El vigoroso jubilado consiguió levantarse para ir a buscar su arma de caza y, cuando el ladrón, de diecisiete años, pretendía darse a la fuga con un cuadro valorado en varios cientos de miles de euros, Hans K. le conminó a que se detuviera. Sin embargo, puesto que Adrian S. no hizo caso, el hombre disparó. El juez ha considerado que actuó en legítima defensa. «Uno tiene derecho a proteger sus posesiones —ha declarado el abogado de Hans K., entrevistado por este periódico—. Incluso con violencia, si fuera necesario».

Leí el artículo una segunda vez. Hans K., millonario de los alrededores de Oldemburgo. Los hechos habían tenido lugar el octubre anterior. Intenté recordar cuándo había recibido yo la llamada. Fue una tarde a mediados de octubre, ya había oscurecido. Hans Kleebach había acudido a mí dos años antes por fraude fiscal, un caso poco claro en el que conseguimos la absolución. Por entonces, Kleebach vivía en Berlín, pero me sonaba que era de la Baja Sajonia, igual que yo. Tal vez había regresado allí.

No era una persona especialmente agradable. Le gustaba alardear de su riqueza, hablaba en voz muy alta y casi siempre

de dinero, coches y caza. De joven había estado a punto de morir atropellado en un accidente de tráfico en Estados Unidos; sobrevivió por los pelos, pero desde entonces necesitaba bastón para caminar. El conductor del descapotable rojo, de solo veinte años, había consumido drogas. Su padre era un empresario adinerado, así que la familia le ofreció a Kleebach un millón de dólares, una cantidad inimaginable en aquella época. Él aceptó el dinero y retiró la denuncia. Regresó a Alemania siendo un nuevo rico y tuvo el buen ojo de invertir en una empresa de informática y luego en propiedades inmobiliarias, por lo que unos años después había multiplicado por más de diez su fortuna.

AQUEL DÍA ACABÁBAMOS de cenar cuando Kleebach llamó.

—¡Muy buenas noches, señora Herbergen! Espero que esté usted bien. —Parecía de muy buen humor. Era evidente que no le importaba llamar tan tarde, y eso que debían de ser ya pasadas las ocho—. Estoy aquí sentado con mi nieta, Emilia, que estudia Derecho, dándole vueltas a un trabajo que le han puesto en la universidad. Derecho penal. He pensado que sería más rápido hacerle a usted una breve consulta, y luego me pasa una factura en concepto de asesoramiento.

Todavía recuerdo lo que pensé entonces: «Los millonarios creen que pueden permitirse cualquier cosa». Y, por desgracia, casi siempre tienen razón: en un segundo estaba sentada en el escritorio con el teléfono en la oreja.

—Dispare.

Kleebach se echó a reír.

—Justo de eso se trata. Es muy sencillo. Un hombre le dispara a un ladrón a la fuga. ¿Está en su derecho?

Para fastidio de mi cliente, hay muchas cuestiones legales que no pueden responderse con un sí o un no rotundos. Primero

le hablé de la potestad de detención. Si uno sorprende a un delincuente cometiendo una ilegalidad, tiene derecho a detenerlo, pero no a matarlo. Se quedó insatisfecho a todas luces.

—Entonces, ¿tienes que aguantarte y dejar que te roben?

Comprendí que alguien como él no se contentaba con ese desenlace.

—Por supuesto, también existe el derecho a la legítima defensa. Uno puede defenderse contra un ataque a su propiedad. Sin embargo, es necesario que el delito se esté produciendo. Su nieta debería comprobar en la exposición de los hechos si el agresor ya se había llevado algo.

Parecía estar tomando notas.

—En ese supuesto, todavía estaría produciéndose un ataque improcedente contra la propiedad. Aunque con eso no sería suficiente. El disparo al ladrón también debería ser inevitable.

Incluso en una situación de legítima defensa, siempre debe usarse el método menos dañino posible para poner fin a una agresión. Si se puede abatir al atacante de un puñetazo, hay que evitar disparar.

—En el caso de un arma de fuego, siempre que sea posible en términos cronológicos, hay que amenazar primero con intervenir, disparando un tiro de advertencia, por ejemplo, y luego apuntar a las piernas. Con eso se conseguiría detener al ladrón, de modo que no debe dispararse con intención de matar.

—Pero un tiro así puede fallarse —arguyó.

—Por supuesto. Basta con que el agredido haya intentado apuntar a las piernas. Pero eso debería aparecer en la exposición de los hechos del trabajo.

Kleebach interrumpió un momento la conversación; dejó el auricular y lo oí hablar, tal vez para transmitir mis palabras a su nieta.

—Hay algo más que debe tenerse en cuenta —dije cuando volvió a ponerse al teléfono—. En principio, la legítima defensa

no tiene por qué ser proporcional, pero, en caso de desproporción extrema entre la agresión y esta, el derecho a la legítima defensa podría ser revocado. El tribunal no lo habrá decidido aún de manera concluyente; su nieta debería argumentarlo.

Kleebach reprendió:

—¿Y cuándo existe una desproporción de esa clase? ¿Puede ponerme un ejemplo?

—Cuando un ladrón huye con cien euros, cabe preguntarse si dispararle era lo más indicado.

—Pero... ¿con un botín mayor sería diferente?

—Sí. No siempre se considera que haya desproporción extrema al contraponer una vida con dinero. Tampoco hay que aceptar sin más un atentado grave contra la propiedad de uno. El bien no tiene por qué ceder ante el mal, como suele decirse. De modo que, si el autor de los hechos estuviera huyendo con un valioso jarrón Ming, no se pondría límite alguno al derecho de legítima defensa.

Oí un bolígrafo deslizándose sobre el papel.

—Gracias, señora Herbergen. Nos ha ayudado mucho. ¿Sería tan amable de enviar la factura a mi apartado de correos? Ahora le mando los datos.

Le deseé mucha suerte a Emilia con su trabajo. La necesitaría. Lo que les había explicado eran conocimientos básicos de primer semestre. Le pedí a mi secretaria que preparara una factura ordinaria con suplemento de horario nocturno y no volví a pensar más en Hans Kleebach. Hasta el día en que leí la noticia sobre aquel millonario de Hundsmühlen.

INVESTIGACIONES

BAJÉ EL PERIÓDICO. Absolución por legítima defensa. No, no podía ser. Hans era uno de los nombres de pila más corrientes

de nuestra generación, y yo apenas recordaba si Kleebach era de los alrededores de Oldemburgo.

PETER Y YO intentamos nadar un poco, pero un curso de *aquagym* nos expulsó de la piscina al rato. Subí a la habitación a cambiarme. Cuando abrí el armario, mi mirada recayó en la caja fuerte. Miré el reloj: faltaban pocos minutos para las 11.00. Aun teniendo en cuenta la hora de diferencia, las administraciones alemanas no habrían comenzado todavía la pausa del mediodía. Abrí la caja fuerte y encendí el móvil. Treinta y cinco correos electrónicos, veintidós mensajes de WhatsApp; me obligué a ignorarlos. En su lugar, busqué el número de teléfono de la fiscalía de Oldemburgo. Seguro que no se trataba de Kleebach, pero quería comprobarlo. Me contestó la centralita y pedí que me pasaran con el departamento de Delitos Graves.

—¿De qué se trata? —La voz parecía poco colaborativa, pero expuse mi petición—. Para eso tiene que dirigirse a la oficina de prensa. Si no participa usted en el procedimiento judicial, no puedo ponerla con ellos.

Pedí amablemente que me pasaran con la oficina de prensa, pero no contestó nadie. Cuando volví a llamar a la centralita, comunicaba. Entonces oí el ruido suave de la puerta de la habitación. Por un segundo me planteé volver a guardar deprisa el móvil en la caja fuerte.

—¿Leyendo correos a escondidas? —Peter me miraba sin sonreír.

—No, solo quería aclarar una cosa un momento —expliqué.

—Ya hemos hablado de esto, Eva. Lo que ocurrió fue horrible, pero han pasado casi veinte años. No puedes controlarlo todo.

Sabía que tenía razón. Estábamos de vacaciones y el caso no tenía nada que ver conmigo. Volví a guardar el móvil y le di un beso.

—Mucho mejor. —Ahora sí sonreía—. Pero date prisa, venga, que tenemos que ir a jugar al tenis y Gerd y Sigrid nos están esperando.

Jugamos hasta que el sol del mediodía nos echó de la pista. El ejercicio me sentó bien. Durante el partido no tuve tiempo para hundirme en cavilaciones y, después, sudada y llena de energía pese al esfuerzo, hasta me sentía liviana. Decidí no investigar más el asunto. Los dos días siguientes no volví a pensar en el jubilado agredido. Peter y yo hicimos excursiones por las dunas y, aunque nuestros amigos no daban crédito, renunciamos al bufé de la cena y nos decantamos por un pequeño restaurante junto al mar.

EL VIERNES POR la tarde, Gerd sacó un periódico mientras tomábamos un café. Era un rotativo que no suelo leer, pero el quiosco del hotel tenía pocos en alemán. Me obligué a ir primero a la sección de «Política», pero luego pasé deprisa las páginas hasta llegar a «Varios». Y allí, en efecto, encontré otro artículo sobre Hans K.

La justicia ha triunfado. Hans K., agredido de forma brutal en su casa el pasado mes de octubre, no recibirá castigo alguno. El jubilado, de movilidad reducida, disparó en legítima defensa a Adrian S., un rumano conocido por la policía que llegó a Alemania para dedicarse a robar. El joven amenazó a Hans K. con un cuchillo de noche en su casa y luego intentó huir con un valioso cuadro. Todavía queda preguntarse por qué se molestó en presentar una acusación la fiscalía. En un caso así, el agresor debería ser considerado víctima.

—¿Qué te pasa? —Peter me miró preocupado. Debía de haber notado la perplejidad en mi rostro.

Movilidad reducida. El primer artículo no decía nada de eso. Era Hans Kleebach, tenía que serlo. Demasiadas coincidencias.

—Debo hacer una llamada.

Me levanté y fui corriendo a la habitación para sacar el móvil de su escondite y llamar a la fiscalía. Lo ocurrido durante mi luna de miel no podía volver a pasar, esta vez no pensaba dejarlo correr.

—Buenos días, me llamo Eva Herbergen y soy abogada defensora. Tengo que hablar con el responsable de Delitos Graves sobre una detención urgente. Páseme con él, por favor.

La mentirijilla y la premura de mi voz resultaron convincentes, al parecer, y pocos segundos después ya estaba hablando con Franz Meisner, el fiscal superior. Me presenté: Eva Herbergen, abogada defensora de Berlín.

—Llamo en relación con el proceso contra el jubilado que mató en legítima defensa a un ladrón de un tiro. Debo saber si se trata de Hans Kleebach.

Meisner se echó a reír.

—Sabe muy bien que no puedo decírselo. Protección de datos.

Me mostré cauta. Todavía no había decidido qué información quería compartir con la fiscalía en caso de que, como sospechaba, se tratase de mi antiguo cliente.

—Si estamos hablando de Hans Kleebach, es posible que tenga información que pueda resultar importante para el caso.

Creí notar que vacilaba un segundo, pero el fiscal superior se mantuvo en la misma línea.

—Si tiene alguna información, la invito a que me la haga llegar por escrito.

Insistir no iba a servir de nada, así que le di las gracias y colgué. Mi mirada recayó entonces en el periódico del martes, ese en el que había visto por primera vez la noticia del jubilado de Oldemburgo, porque no lo había tirado. Busqué el artículo y encontré otro nombre, el del periodista: Jochen Bunke. Si había escrito

sobre el caso, era probable que estuviera presente en la sala de justicia y supiera más sobre el juicio. Busqué en Google el número de la redacción y poco después estaba al teléfono con una mujer.

—Hoy Jochen está fuera. Trabajo de campo. Volverá el lunes.

Le pregunté si había investigado a fondo el caso del jubilado.

—Si no me equivoco, incluso fue al pueblo donde vive el hombre.

—¿Y sabe cómo se apellida? ¿No será Kleebach, por casualidad?

No tuve suerte; la mujer no lo recordaba, pero me prometió dejarle a su compañero una nota en la mesa para que me devolviera la llamada con urgencia. Todavía podía hacer algo más. Le envié un breve mensaje de voz a Filiz, la pasante de mi bufete, para pedirle que averiguase si Hans Kleebach tenía una nieta que estudiaba Derecho. Tal vez pudiera descubrir algo buscando un poco por internet.

EN LA CENA, conseguimos encontrar una mesa algo apartada y Peter fue a por vino. A mí ese día me daba igual todo. Después de la segunda copa, decidí contarles a nuestros amigos y a él la historia de Kleebach. No se trataba de un caso confidencial; solo era un trabajo para la universidad, no un procedimiento judicial. Les hablé de la llamada telefónica que había tenido lugar en otoño y de los dos artículos de periódico.

—¿Es frecuente que los clientes te consulten sobre temas legales tan generalistas? —Gerd masticaba un trozo de muslo de pollo.

Negué con la cabeza: por supuesto que no.

—Pero Kleebach es multimillonario, puede permitirse contratar a una abogada para ayudar a su nieta a hacer los deberes. Y a la mejor y más minuciosa de la ciudad, nada menos. —Peter me sonrió.

—A ver, si esos artículos de verdad hablan de él, entonces te llamó para averiguar cómo salir bien parado. Lo que no entiendo... —Gerd vació su copa— es por qué no te contrató y te contó la verdad y punto.

—Muy sencillo —lo interrumpió Peter—, porque Eva no habría podido aconsejarle falsear pruebas y declarar algo que no fuese cierto.

Asentí, aunque evité la mirada de Peter. Intenté no pensar que ya había hecho eso en una ocasión. Habían pasado doce años, pero al instante me asaltó el recuerdo de Larissa y lo ocurrido entonces.

Sigrid todavía no había participado en la conversación, pero de pronto dejó el tenedor en el plato.

—Sin duda es poco habitual que llamase tan tarde. ¿Cuándo se supone que tuvo lugar el robo?

El periódico decía que los hechos se habían producido de noche.

—Entonces es posible que acabase de disparar al ladrón.

Nos quedamos todos callados y seguimos comiendo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Gerd al mirarme.

No lo sabía. Primero tenía que asegurarme de que, en efecto, se trataba de Kleebach y de que habían sido mis consejos los que habían conseguido su absolución.

DE VUELTA EN la habitación, le eché un vistazo al móvil. Tenía un mensaje de voz de Filiz. Llamé a Peter para que estuviera conmigo y le di a reproducir.

«Hola, señora Herbergen, espero que esté disfrutando de sus vacaciones. He consultado la Wikipedia y dice que Kleebach tiene una hija, Ingrid. No es fácil dar con ella, no se apellida igual, pero he encontrado un artículo sobre la inauguración de un restaurante donde mencionan que la propietaria, Ingrid

Hofstedt, es hija del millonario Hans Kleebach. He llamado al restaurante, un local alemán típico de Oldemburgo, y he encontrado a la señora Hofstedt. Le he preguntado si podía hablar con su hija, a la que conocía de ir juntas a la Facultad de Derecho. Se ha reído y me ha contestado que me equivocaba de número, que sí que tiene una hija, pero que ya estaba en la cama, durmiendo. Es una niña de seis años y su madre espera de corazón que no estudie Derecho».

Le agarré la mano a mi marido. Kleebach me había engañado. Sin yo quererlo, le había dado la información que necesitaba para salir absuelto alegando legítima defensa.

—Tienes que contárselo a la fiscalía. —Peter me acarició los dedos—. En este caso no era cliente tuyo. Te enredó, no fue tu culpa.

Tenía razón. Me había mentido. Yo no era su defensora y por tanto podía, no, debía declarar en su contra. Sin embargo, antes de hablar con el fiscal, quería oír lo que tuviera que decir el periodista de Oldemburgo.

EL PERIODISTA

DESPUÉS DE DESAYUNAR, me tumbé con Peter junto a la piscina, me puse los auriculares y escuché música. El contraste de la voz de Leonard Cohen con el bullicio que reinaba a mi alrededor resultaba tranquilizante. Me quedé ensimismada; pero la vibración del teléfono interrumpió entonces la canción de Cohen y un número desconocido de la Baja Sajonia apareció en la pantalla. Era Jochen Bunke; tenía una voz juvenil pese a ostentar un nombre tan tradicional.

—Buenos días, soy Jochen Bunke. Mi compañera me ha dejado una nota en la que dice «urgente» y «jubilado legítima defensa». —Se echó a reír.

Le agradecí que me llamara.

—Hace un tiempo trabajé como abogada para Hans Kleebach, cuando aún vivía en Berlín. No estoy involucrada en el proceso judicial actual, pero tengo algunas dudas respecto al fallo. Usted ha escrito sobre el juicio y me interesa conocer su parecer.

La respuesta de Bunke acabó con mis últimas dudas. Sí, se trataba de mi antiguo cliente.

—Tengo una opinión muy clara sobre él.

El periodista me contó que, ya antes de que empezara el juicio, se había acercado a Hundsmühlen para averiguar más sobre el millonario que había matado a un hombre de un tiro en su jardín delantero. No había hablado con el propio Kleebach, por supuesto, pues su abogado defensor lo tenía muy protegido, pero no le fue difícil averiguar más sobre el jubilado en la localidad. Había crecido en Hundsmühlen, luego había vivido en Estados Unidos, Múnich y Berlín, y hacía tan solo unos años que había regresado a su pueblo natal. Fue todo un acontecimiento. Compró la casa de sus padres, la demolió y se construyó una villa. Con una piscina que nunca utilizaba. Iba a todas las assembleas comunitarias y se hacía oír expresando firmes opiniones. Muchos lo admiraban, algunos no podían soportarlo.

—Desde luego, que precisamente matara a un joven extranjero me olió mal desde el principio.

No sabía adónde quería ir a parar.

—Kleebach participa en política y uno de sus caballos de batalla son los delincuentes extranjeros. Consulte su página de Facebook. La fiscalía intentó hacerlo constar en el juicio, alegando que disparó por su obsesión con las bandas criminales de la Europa del Este.

Me levanté y fui al vestíbulo, que durante el día estaba vacío; no quería tener público.

—¿Y el tribunal no lo aceptó?

—No, la legítima defensa era demasiado clara. El delincuente lo amenazó con un cuchillo y lo agredió con violencia. Le dejó una herida de arma blanca en el brazo y una costilla rota. Kleebach dijo haber perdido el conocimiento. Mientras el ladrón subía a la planta de arriba para llevarse el cuadro, el hombre se arrastró como pudo hasta el armario de las armas. Cuando Adrian, así se llamaba el joven, quiso huir, Kleebach le dijo que dejará el cuadro, pero por lo visto el chico no quiso perder el botín. Esa obra vale cientos de miles de euros. El caso es que salió con el cuadro y Kleebach disparó un tiro de advertencia. Luego le apuntó a las piernas, pero temblaba tanto a causa de la agresión recibida que le dio en la espalda. Adrian no tardó en desangrarse.

De modo que esa era la versión oficial. El cuadro caro, un disparo de advertencia, otro a las piernas, pero fallido; Kleebach me había escuchado con atención. Ya iba siendo hora de contarle a Bunke mi versión de la historia.

El periodista apenas logró ocultar su perplejidad.

—Es increíble. Mata a una persona y tiene el descaro de llamar a su abogada para soltarle una mentira sobre una nieta que necesita ayuda con un trabajo para la universidad. Es un degenerado.

Recordé lo despreocupado que me había parecido el tono del hombre. En nuestra conversación no hubo nada que me hiciera sospechar que acababa de poner fin a la vida de un chico de diecisiete años, ni que luego saldría al jardín a preparar el lugar de los hechos para la policía.

—Lo escenificó todo para quedar impune alegando legítima defensa. —Bunke era un periodista de raza y se mostró más entusiasmado que atónito ante el descubrimiento—. ¡Tenemos algo gordo entre manos! Su declaración será fundamental; al fin y al cabo, no tiene ningún motivo para acusarlo sin razón. Y se puede pedir el registro de llamadas, que demostrará que hablaron esa noche.

Sin embargo, lo único que tenía yo sobre esa conversación era mi palabra.

—Es un hombre listo, a saber qué historia se le ocurre. Debíamos conseguir algo más que apoye nuestra versión.

Bunke guardó silencio un momento.

—El cuadro... Enseguida me extrañó.

Presté más atención.

—¿Por qué?

El periodista carraspeó.

—¿Cómo iba a saber un joven rumano que ese cuadro valía una fortuna? No llama la atención para nada, es un paisaje triste con un campanario. Kleebach no tiene muy buen gusto, en mi opinión. Además, ¿qué iba a hacer el chico con él? Para conseguir vender una obra de arte así en el mercado negro se necesitan experiencia y contactos.

—El tribunal debió de suponer que se lo había encargado alguien, ¿no?

—Los jueces ni siquiera se lo preguntaron. El muerto tenía el cuadro en las manos y punto.

Un indicio más, solo eso. Sin embargo, Bunke tuvo una idea. Durante sus investigaciones había hablado con Bogdan Sima, el hermano de la víctima. Se había negado a declarar en el juicio para no autoinculparse, pero resultaba bastante evidente que los dos hermanos planeaban juntos los golpes.

—Él podrá decirnos si lo del cuadro estaba acordado. Si sabe que es posible llevar a juicio a Kleebach, tal vez se decida a hablar.

Bunke quería ir a ver a Bogdan al día siguiente. Las personas sienten un fuerte deseo de que se haga justicia, más aún cuando se trata de un familiar cercano. Debíamos esperar que se mostrara dispuesto a confesar su participación en el robo ante un tribunal para conseguir castigar al hombre que había matado a su hermano.

Después de colgar, fui a buscar a Peter y a mis amigos para informarles. Interrumpieron su partida de petanca y les conté hasta el último detalle de mi conversación telefónica.

—¡Justo lo que me dijo Sigrid anoche en la cama! ¿Cómo sabía un rumano de diecisiete años que ese cuadro valía tanto?

—Gerd estaba exultante—. Con eso ya lo tenéis.

Se equivocaba.

BOGDAN

AL DÍA SIGUIENTE, un martes frío por la mañana, Jochen Bunke llamó al timbre de Bogdan Sima. El piso se encontraba en un edificio de tres plantas del extrarradio de Oldemburgo. Revoque gris y balcones del tamaño justo para que cupiese una silla o un tendedero. No abrió, pero Bunke había visto luz dentro, así que esperó. Su coche tenía calefacción, se puso música y trabajó con el portátil sobre las rodillas en un artículo sobre la feria agrícola que tendría lugar la semana siguiente.

Después de más de una hora, la puerta se abrió y Bogdan salió del edificio. Bunke cerró el portátil y corrió tras él. Se alegró de que fuera de día; no le habría gustado enfrentarse a él en la oscuridad. El rumano era alto y corpulento, y llevaba el cuello y las manos tatuados.

—Señor Sima, espere un momento, por favor, tengo información sobre la muerte de su hermano. —Mejor soltárselo de buenas a primeras y dejar claro de qué lado estaba.

El rumano dio media vuelta. Bunke no perdió el tiempo y le contó lo de la llamada de una abogada de Berlín y la sospecha que teníamos. Bogdan encendió un cigarrillo sin mirar al periodista, pero lo escuchó con atención.

—Qué cabrón —dijo, y expulsó el humo en el aire frío.

—Pero necesitamos pruebas. —Bunke aceptó un cigarrillo. En realidad había dejado de fumar, pero compartir un cigarro podía unir mucho a dos individuos que procedían de mundos tan diferentes—. ¿Le había encargado alguien a su hermano que robase el cuadro? ¿Tenían contactos en círculos artísticos?

Bogdan se echó a reír.

—Adrian no habría sabido reconocer la *Mona Lisa* aunque la tuviera delante.

Tal como sospechaba Bunke.

—Necesitamos más información sobre el robo. No escribiré nada sin su consentimiento, pero debo saber si vamos por buen camino.

Bogdan tiró el cigarrillo al suelo y se quedó mirándolo mientras se consumía despacio. Entonces se lo contó todo. Le dijo que había metido a su hermano en su primer robo. Que siempre se llevaban dinero en efectivo y nada más, porque no tenían contactos con ningún perista. Le habló de Mirela, que todavía limpiaba en casa de Kleebach, porque el viejo nunca había sospechado de ella. Fue Mirela quien les habló de la caja fuerte del dormitorio. No, Adrian jamás habría robado un cuadro. ¿Qué habrían hecho luego con él?

Cuando Jochen Bunke volvió a subir al coche, estaba como electrizado. Bogdan no había querido comprometerse a nada, pero el periodista estaba seguro de que lo convencería para declarar. Tal vez pudieran llegar a un acuerdo con la fiscalía para que Bogdan y Mirela salieran sin cargos por su participación en el robo. El tribunal dictaría entonces una sentencia muy diferente para Kleebach. Nadie podía disparar a un ladrón, por odio o por ira, e irse de rositas, y menos aún tratándose de un chico de diecisiete años. Kleebach recibiría su castigo y él tendría un artículo perfecto para la portada. El periodista puso el coche en marcha y arrancó hacia la redacción marcando ya mi número de teléfono.